

Mi experiencia docente en el Instituto Teológico Franciscano

Celina A. Lértora Mendoza

En mis años docentes enseñé filosofía en varias carreras no filosóficas y en cada una adquirí una experiencia que me permitió reflexionar sobre el papel de la filosofía en los ámbitos académicos y profesionales. Enseñé filosofía en carreras filosóficas de Universidades Católicas, en realidad así me inicié apenas recibida. Armar un plan de estudios de filosofía en una universidad confesional, que debe atenerse a las pautas eclesiológicas por una parte y por otra responder a los requisitos de los sistemas académicos del país, no es fácil. Por la misma razón tampoco es fácil armar un programa. Puedo decir que mi experiencia en UCA y en USAL fue positiva, porque en realidad los alumnos se orientaban profesionalmente a la filosofía y en ese sentido es fácil ponerse de acuerdo en el enfoque de los temas. Distinto es el caso cuando se trata de formar clérigos, en este caso, frailes franciscanos. La invitación me pareció un desafío interesante y me sumé al proyecto, en el que participé desde su creación en 1991 hasta 2008 en que me retiré, por razones que luego diré.

Al comienzo la idea fue generar un bienio como “Propedéutico Filosófico”, como subsidio académico al curriculum eclesiológico de filosofía y teología propiamente dicho. Era un curso variopinto, con algo de filosofía y algo de historia de la iglesia y de la Orden, Yo enseñaba la historia de los movimientos pre-franciscanos, incluso escribí dos cuadernillos sobre ese tema, aunando lo histórico con lo conceptual. Desde luego lo conceptual tenía que ver con la filosofía que supuestamente debía propiciar la Orden, aunque eso no era muy claro. En aquel momento los frailes estudiaban con los jesuitas, y uno decía picarescamente: “nuestra formación es esquizofrénica; somos franciscanos formados por jesuitas en una doctrina dominica” (y era verdad). El éxito de este Propedéutico animó a los frailes de las tres Provincias Argentinas a organizar el Instituto Teológico Franciscano, que fue aceptado como uno de los Institutos vinculados a la Pontificia Universidad Antonianum de Roma. Entonces este Instituto pasó a ser la institución formadora de los frailes para el sacerdocio, es decir, un seminario. El plan era el estándar de cuatro años, dos de filosofía y dos de teología.

En el reducido tiempo de dos años se incorporó todo el curriculum tradicional de los estudios filosóficos eclesiológicos, que en la Universidad lleva cinco años. Ese fue el primer desafío. Me convocaron a dictar Lógica (el primer cuatrimestre del primer año), Filosofía Medieval /el segundo cuatrimestre del primer año) y el Seminario de Filosofía Franciscana, el segundo cuatrimestre del segundo año. Mi primera impresión fue que terminaría dando “píldoras lógicas y medievales”. Pero luego esta tradición de las materias semestrales cobró absoluta vigencia: había que enseñar, sí o sí, la materia en un cuatrimestre. Es decir, había que seleccionar.

Seleccionar cuando se tiene un curriculum eclesiológico que marca un temario obligatorio que de por sí es bastante amplio, implicaba también tomar decisiones sobre del criterio docente: dar un panorama de la materia respondiendo al temario general o profundizar algunos puntos. Opté por el primer criterio, considerando el alumnado. De haber sido una carrera de filosofía hubiera sido al revés. Consideré que habría escaso interés previo de los frailes en profundizar temas de filosofía, porque no era esa su vocación ni su objetivo prioritario. Entonces me pareció mejor darles un panorama y ver qué temas respondían más a sus intereses y ahí se podría insistir. De hecho el programa de mis tres materias no varió formalmente en todos los años de docencia, pero sí la experiencia de los primeros dos o tres cursos me sirvió para distribuir los temas en el apretado cronograma, de modo que aprendieran bien (o mejor) los que les eran más fáciles o motivadores y que del resto logaran al menos alguna noción. Esto se pudo lograr bien en una materia que tenía antecedentes, como Filosofía Medieval, porque la profesora de Antigua (Raquel Fischer) compartía ese criterio y daba en un cuatrimestre un panorama de Antigua que llegaba al

neoplatonismo, aunque un poco a presión. Y yo podía arrancar sin tener que dedicar una parte del curso a enseñar partes del programa de Antigua no dados (esto solía pasar).

Finalmente mis programas quedaron organizados del modo siguiente. En Lógica daba con mayor tiempo y dedicación lógica proposicional, porque es una base; y procuraba que les sirviera para entender algo más complejo como lógica de predicados. Lógica de clases la enseñaba de modo sencillo y gráfico, con los diagramas de Venn, y eso funcionaba. Me di cuenta que era una materia “odiosa” y que sólo la soportaban porque en general tenían buena relación personal conmigo; entonces busqué elementos de acercamiento docente y no sólo personal. Puse el acento en los procesos de abstracción y reconversión al lenguaje común. Eso les hacía ver las falacias y las fallas de lógica en las discusiones. Años después un exalumno, ya ordenado, decía que se daban cuenta de cuánto les servía el haber aprendido lógica, porque se sentían mucho más seguros al encarar discusiones de todo tipo, incluso con superiores eclesiásticos.

En filosofía medieval también daba un panorama general, poniendo el acento en lo que llamé las dos síntesis con las cuales la filosofía medieval trató de cumplir su cometido de acordar las verdades cristianas con la filosofía griega: la primera platónica, y la segunda, aristotélica. Esta simplificación, que no es errónea sino que obviamente debe matizarse, les sirvió en general para ubicarse en la maraña de autores que tendrían que conocer, porque en teología se los nombra a cada rato, es decir, varios Santos Padres griegos, Agustín, Boecio, autores del monacato, y los escolásticos, con Buenaventura y Escoto, maestros de la Orden. Cuando en teología tenían que estudiar las arduas cuestiones del primer año (Tratado de Dios Uno y Trino y sus innumerables e imprecisas herejías) ya tenían una base importante de conocimiento de las líneas maestras. Y esto también fue útil para el Seminario de Filosofía Franciscana, que a la postre resultó el mayor éxito porque en realidad fue la única materia en toda la carrera eclesiástica, en que pudieron aprender más a fondo autores franciscanos. Y también a valorarlos de otro modo, más actual, como por ejemplo a Ockham, que terminó llevándose las palmas del gusto general.

Yo transité todos esos años de modo diríamos aceitado, sin sobresaltos. Pero las cosas fueron cambiando con los años. El grupo inicial era casi exclusivamente compuesto por frailes, con uno que otro laico. Y los frailes de los primeros años solían pasar el curriculum y ordenarse en una buena proporción. También había muchas vocaciones, y aunque siempre había deserciones, siempre quedaba un remanente de entre quince y veinte frailes cursando en cada etapa, lo que era muy adecuado para trabajar personalizando. Pero cuando los frailes comenzaron a escasear o a desertar, las autoridades decidieron buscar otro alumnado. Allí todo empezó a desorganizarse; entraron laicos y laicas con diversos grados de preparación previa, pero en general mejor formados que los frailes y la competencia empezó a hacerse sentir. Luego hubo una experiencia con un grupo de religiosas, que duró unos tres años y fue muy negativa académicamente hablando, porque estas jóvenes religiosas (que no eran argentinas sino casi todas españolas) no tenían ninguna preparación ni les interesaba el estudio sino la oración y la práctica de caridad, y vivían dando muestras de devoción un tanto ridícula, con gran enojo de los frailes. Esto determinó un inevitable bajón del nivel, y como consecuencia la deserción del grupo de laicos de mejor formación. En fin, que desde 2004 más o menos, las cosas se fueron complicando porque además las sucesivas autoridades del Instituto, a partir del 2000, no tuvieron la capacidad de convocatoria y autoridad que tuvieron los dos primeros rectores. Se fueron los profesores más antiguos, vinieron otros con diversas ideas que no se logró armonizar. Y las tres Provincias también entraron en un proceso de disolución de los antiguos acuerdos sobre el Instituto.

Todo esto me hizo ver que mi tiempo allí estaba terminado. Renuncié en el 2008, creo que con cierta satisfacción de las autoridades de aquel momento, que tenían amigos para poner en las tres cátedras. Pero el proceso de disolución que yo había avizorado continuó y se acentuó. Cuatro años después el Instituto tuvo que cerrarse, y no lo pudieron salvar desde el Antonianum, a pesar de que habíamos hecho unos años antes una presentación muy elogiada.

Los frailes perdieron de nuevo su propia línea de formación eclesiástica, retornaron a los jesuitas, completando en lo posible los cursos, que empezaron a darse en Córdoba, invitando a algunos laicos que habían estudiado con ellos en mejores tiempos, para dar seminarios breves intensivo de temas franciscanos.

Fue una experiencia de resultados ambiguos. Por una parte exitosa, por otra, fracasada. Los frailes tendrán que analizar a fondo las casas del fracaso. Yo me quedo con la docencia exitosa que una mayoría de profesores laicos pudimos llevar adelante durante veinte años.